

*Guillermo H. Cantú*

# **ASALTO A PALACIO**

**LAS ENTRAÑAS DE UNA GUERRA**



**grijalbo**

# Índice

<i>Agradecimientos</i> .....	9
1. Érase una vez un martes negro .....	11
2. De mercadotecnia y otras ciencias ocultas .....	39
3. El México que se va .....	65
4. La voluntad del señor presidente .....	91
5. ¿Dónde está el ejército? .....	109
6. Plan de batalla .....	137
7. De talentos, ideas y desencuentros .....	161
8. Amigos de Fox y similares .....	187
9. Con la Iglesia topamos .....	209
10. El sentimiento de la Presidencia .....	247
11. También de política vive el hombre .....	275
12. El arte político de la Presidencia .....	311
13. El México que viene .....	343
<i>Índice de fotos</i> .....	369
<i>Índice onomástico</i> .....	373

## Agradecimientos

Muchas personas participaron en el proceso de la transición democrática de México con fe en el país y con la seguridad de que tal paso podía darse civilizadamente. La actitud y la madurez social y política del pueblo mexicano confirmaron las razones de su entusiasmo. Relatar lo sucedido se volvió tema anhelado, el autor no fue inmune a este deseo.

El trabajo no podía haberse realizado sin la colaboración desinteresada y puntual de varios de los principales protagonistas y de sus auxiliares, que hicieron posible la metamorfosis política deseada. A ellos deseo agradecer el valioso tiempo que dedicaron a este esfuerzo:

A los oficiales del ejército foxiano: Marta Sahagún Jiménez, Ramón Muñoz Gutiérrez, Eduardo Sojo Garza Aldape, Lino Korrodi Cruz, José Luis González y González, Pedro Cerisola y Weber, Francisco Ortiz Ortiz, Carlos Rojas Magnon, Juan Antonio Fernández Ortiz, Carlos Gadsden Carrasco, Rodolfo Elizondo Torres, Alberto Ortega Venzor y Felipe Zabala Ponce.

A José Antonio Sosa Plata, Alberto Athié Gallo, Santiago Pando Marino y a Eduardo Ramírez Fabela. A Adolfo Aguilar Zinser, Manuel Camacho Solís y a Porfirio Muñoz Ledo.

A Alfonso Romo Garza, José Luis Siller Franco, Francisco León Olea, Bernardo Domínguez Cereceres, Lorena Viniegra Velásquez, Elena Aguirre Pardo, Luis Miguel Chong Chong y Adriana Becerra O'Leary.

A Juan Carlos Murillo Flores, Carlos Domínguez Bermúdez, Huitziliguítl Herrada Pineda, Ángela Georgina *Gina* Morris Montalvo, María Eugenia Hernández Magaña, José Luis Tapia Salinas, Rosa María Cabrero Valerio, Erika de la Fuente Castro, Fernanda Servín Gallardo, María Amparo Ríos Álvarez, Paloma Aréchiga García, María Amparo Clausell Arroyo, Perla García Aldana, Claudia Arias Mejía, Sandra Salgado Manríquez, Brenda Sánchez Salcedo, Alberto Bolaños Vera, Alberto Pérez Cano,

Darío Mendoza Atriano, Ana María García García, Verónica Lanz de la Isla, Angélica Aguilar Marmolejo y Guadalupe Martín Casillas.

A Rafael Rodríguez Castañeda, director general de la revista *Proceso*, a Fabiola García Ávila y a los fotógrafos de la revista; a Marco Antonio Cruz y a los fotógrafos de Imagen Latina. Y a Enrique Krauze Kleinbore, José Guadalupe Martínez García y Carmen Cabrera Núñez de la Editorial Clío, por sus invaluable fotografías.

A Rebeca Martínez Suárez, diseñadora de la portada.

A mi leal secretaria Rosa Elva Pérez Monroy.

Uno



## Érase una vez un martes negro

La campaña marchaba viento en popa. Los resultados de las encuestas al 15 de mayo del 2000, mes y medio antes del día de la votación, revelaban un empate más que técnico: La diferencia era inferior a dos por ciento. Como la tendencia corría de menos a más era seguro que en cuestión de días Vicente Fox Quesada rebasaría sin remedio a Francisco Labastida Ochoa, el candidato del partido oficial.

El rotundo éxito de Fox en el primer debate había sido devastador para cuatro de los seis contendientes. Sólo Gilberto Rincón Gallardo había mejorado su posición, aunque sin despegarse del suelo. La segunda confrontación se programó, según lo acordado por todos los partidos políticos, con la participación exclusiva de los candidatos punteros. Los equipos de campaña de los tres competidores se preguntaban seriamente si el ejercicio valdría la pena. Aunque todos corrían riesgos, era evidente que el segundo debate sería decisivo para consolidar al ganador de la Presidencia de la República en la recta final de las campañas.

A esas fechas el ascenso de Fox era incuestionable, por lo que tocar algo que cambiara esa tendencia resultaba para algunos peligroso. El precepto de *no hay nada más difícil de detener que una tendencia*, no era todavía muy convincente a esa hora: Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano y Francisco Labastida tenían la necesidad de ganar en una segunda oportunidad porque ya era mucho lo que habían perdido. Sin embargo, aprovechar la ocasión de elevarse con una victoria era poco probable para ellos. En el caso del priísta, porque su equipo de asesoría nacional e internacional había fracasado y en el caso del perredista por la escasa importancia que siempre ha concedido al uso eficaz de los medios de comunicación. El reto para el panista era enorme, pues tenía frente a sí la tentación de aprovechar el trance para rematar el triunfo y asegurar la elección.

Fox, quien en ocasiones parece desorientar a algunos de sus colaboradores con su peculiar estilo, les preguntó varias veces: “¿Cuál es el

to de asumir un segundo debate?” Acostumbrado a tomar decisiones audaces, hizo pensar a varios que se inclinaba por la negativa, pero no todos apreciaron así el cuestionamiento. Por el contrario, sólo algunos comprendieron que lo que deseaba era calcular el riesgo que significaba presionar a sus contrincantes a rendir su postura rehusando el debate, toda vez que, para su grupo de trabajo, era evidente la evasión de Cárdenas y Labastida.

Visto a la distancia, parecía que entonces a ninguno de los tres convenía el debate. Las recomendaciones que algunos hicieron a Vicente Fox de que se cancelara el enfrentamiento televisivo fueron muchas, pero no todos en su cuartel estaban de acuerdo. Así, mientras unos se inclinaban por rehuir el combate, otros estaban por aceptarlo aunque las condiciones fueran ventajosas para sus adversarios con un formato rígido y poco atractivo para los ciudadanos. En este contexto, surgió en el equipo asesor un tercer camino (atrevido, nada convencional, riesgoso): Decir no al debate cuando lo inevitable era que éste se llevaría a cabo.

El juego cayó en terrenos psicológicos. Si era cierto que los otros dos no querían el debate, la mejor señal que podía enviar el equipo de Fox a sus contrincantes era que tampoco ellos lo querían. Con estas cartas en mente se iniciaron las negociaciones. Hasta ese momento cada uno de los tres confiaba en poder culpar de la cancelación a los otros dos. Al mismo tiempo la dificultad de las conversaciones entre los equipos rivales, la incongruencia en declaraciones y discursos y las constantes contradicciones de todos hacían del conflicto una noticia muy atractiva. Los medios de comunicación la aprovecharon exhaustivamente ubicándola en las primeras páginas de los diarios y en los mejores tiempos de la pantalla hogareña. A partir de esta exposición pública el equipo del guanajuatense tenía ya un panorama muy claro. El debate era inevitable.

Desde el punto de vista de la comunicación política lo relevante para la decisión final era la forma en que salía a la superficie cada acontecimiento, cómo se iba desarrollando cada reunión, cómo se postergaban las decisiones, cómo se dejaban alargar los tiempos. Fue una ventana al interior de cada grupo que dejó ver con claridad quien quería realmente el debate y una prueba de fuego en los medios por dejar la decisión final hasta el último minuto. Con el paso de los días la ventaja que tuvo el equipo del panista fue que los otros dos candidatos ya no veían en el segundo debate una necesidad sino simplemente un riesgo muy peligroso.

Si la decisión aparentaba posponerse era porque ninguno podía darse el lujo de precipitarse. Si los otros candidatos declinaban y asumían el costo político de su pusilanimidad, la estrategia de no debatir era para Fox una solución, pero las condiciones favorables de este desenlace eran altamente improbables. Había que seguir engañando con la verdad, sugiriendo que no, cuando el sí era rotundo.

## Un preámbulo gris

La crónica periodística de esos días dibujaba una negociación farragosa y una ausencia total de providencias para llevar a cabo el debate. No se había hecho ninguna reservación en los medios ni de locales para realizarlo; tampoco se había hablado formalmente con la Cámara de la Industria de Radio y Televisión para montar el evento y los días para la realización estaban muy cercanos. Ningún acuerdo parecía concretarse.

El sábado 20 de mayo del 2000, a tan sólo tres días de la fecha acordada para llevar a cabo el debate, Pedro Cerisola, representante de Fox en la mesa de negociación, alcanza un acuerdo con sus contrapartes, Jorge Alcocer por parte de Labastida y Lucas de la Garza en nombre de Cuauhtémoc. El debate, dadas las condiciones de negociación, era imposible. Y como Cerisola había percibido, sin sombra de duda, que la idea era pasarle la factura a Vicente Fox, tomó la iniciativa de expresar el acuerdo por escrito y que se emitiera un comunicado conjunto que finalmente fue transmitido en la madrugada del domingo 21 de mayo: "...todos presentamos propuestas y en su momento modificamos posiciones iniciales, no sólo en aras de construir un debate con reglas claras y equitativas, sino también de lograr el mejor formato para que las mexicanas y los mexicanos tuvieran oportunidad de escuchar, entender y valorar las distintas ideas y propuestas programáticas de los tres candidatos presidenciales con mayor peso en las encuestas. Hoy informamos a los ciudadanos, a través de los medios de comunicación, que hemos llegado de común acuerdo a la conclusión de que no es posible culminar favorablemente la negociación... (razón por la cual) el debate programado no podrá efectuarse”.

Esta solución, sin embargo, no dejó satisfecho a ninguno. El objetivo de culpar a Fox no se lograba plenamente. El de salir inmune del compromiso prometido, anunciado y aceptado por los tres, tampoco cerraba satisfactoriamente el caso. La oportunidad que tenía Fox de rematar a los competidores se frustraba, pues posiblemente él era el único que estaba preparado para el lance. El público, azuzado por los medios, percibía la huida como una demostración de cobardía de todos los candidatos. Y todos estaban obligados a reaccionar para desbaratar el entuerto.

La primera maniobra de salvamento estuvo a cargo del apoderado de Labastida. Jorge Alcocer aprovechó que algunos medios de comunicación adjudicaron la culpa de la dilación y atribuyeron el endurecimiento al representante de Fox y dejó crecer una versión similar. Una postura muy parecida adoptó la gente de Cárdenas.

¿Cuáles eran las posiciones de los tres candidatos respecto a cómo realizar el debate? Vicente Fox peleaba por un formato que no fuera rígido. Todo lo contrario, pretendía un encuentro con un estilo suelto y flexible, al